

Si pues, el Colegio ofrece a sus hijos estímulos tan honrosos como éste, los favorecidos han de pagar en la misma moneda, siendo para con él y para con la patria lo que fueron sus predecesores, si no con la magnitud efectiva, por lo menos con fervientes deseos de asemejarse a ellos.

M.

DISCURSO

DEL BACHILLER DON ARTURO POSADA EN LA RECEPCION
DE COLEGIALES

Ilustrísimo señor Rector:

La pobreza de méritos, la debilidad de fuerzas y lo infecundo del terreno, ante la magna honra, los ponderosos deberes y las altas enseñanzas aquí encerradas, hacen que mi voz trepide no poco al levantarse en este tradicional acto, fiel trasunto de edades espiritualistas y por lo mismo llenas de arraigada fe y de pura poesía; de edades en que la inteligencia, esa arma dominadora de las sociedades modernas, se eternizó en las más arduas lucubraciones del pensamiento; y el honor, dón precioso y absoluto, jamás osó postergarse ante el vil interés porque Dios y la patria fueron los únicos ideales del hombre.

Qué bien engasta esta institución en estos tiempos en que el mezquino lucro viene corroyendo la emulación propia del saber en que se formaran hombres, que a semejanza del justo descrito por los latinos, jamás cedían en el cumplimiento de su deber ni ante la ruina del universo; y de los cuales como de nuevos Fabricios, pudo decirse que era más fácil desviar al sol de su curso, que a ellos de la virtud. Porque no otra cosa

que estimular la formación de caracteres se propuso nuestro egregio Fundador, al dar el sello de indelebilidad a las colegiaturas y esta imponente a la consagración, para llegar a las cuales impuso el esfuerzo tenaz de la voluntad; la recepción del sacramento que con sus carismas dignifica las almas; una segunda protestación de la fe católica; y el compromiso de honor que nos recordarán perpetuamente el diploma, que vais a concedernos y la insignia que vais a colocar en nuestro pecho.

No podía faltar el simbolismo sublime de la religión cuya fe trajo a la humanidad el único ideal de perfección y cuya humildad ha sido la fragua en que se han templado los grandes caracteres. Fue la estrella de Belén la que hizo que las ciencias encerradas en la materia levantaran sus miradas y nos hablaran de Dios; la que con la revelación acerca de nuestros destinos eternos convirtió en vivas claridades los ligeros destellos que alumbraron la prisión de Sócrates; y la que nos hace estremecer ante las ráfagas de una dicha ultraterrena cuando el arte, en todas sus manifestaciones, pulsa las más delicadas fibras del sentimiento. Hay aún más: es del Calvario de donde brotan los manantiales que ofrecen virtud y ciencia, consorcio indispensable para entrar en la casa de la sabiduría; clave de la felicidad privada y pública; escuela que nos enseña a cumplir los deberes que la familia y la patria esperan de nosotros.

Los aspirantes a oficiar en el santuario de la jurisprudencia no podíamos dejar de prometer nuestro amor a la que es llave de todas las ciencias; a esa fuente vivificadora del espíritu humano; a la pulidora del razonamiento, que fija las leyes de la inteligencia para conducirla en sus pasos; que desenvuelve los pliegues

misteriosos del corazón para fijar los deberes y los derechos sobre bases graníticas contra las cuales en vano han investido los recios oleajes de las pasiones.

¿Cómo vacilar en nuestro compromiso, si los adelantos modernos enseñan que el águila de Aquino en alas de la santidad y de la inspiración divina se remontó a regiones a que mente alguna llegará jamás; si en sus afirmaciones se adelantó para ir con todas las edades, porque en la *Suma* como en la *Biblia*, el libro grande por excelencia, los hombres leerán la primera y la última página de los tiempos?

El medio que nos espera, saturado de un escepticismo mortal, del mercantilismo que todo lo degrada y envilece y que arrastró a la decadencia a la juventud romana, proclama la trascendencia de la institución que hoy nos abre sus brazos y la coloca como el faro salvador que impedirá la temeridad de aquellos navegantes que desplieguen sus velas sin parar mientes en los escollos que han hecho zozobrar la fe y el carácter. El vano orgullo y la ceguedad lastimera jamás pueden despertar imitadores: la historia los exhibe sin la fijeza de ideas, sin la norma de conducta, sin la elevación moral que caracterizan a las almas enérgicas; y nunca las caídas de entendimientos extraviados demostraron otra cosa que la condición de las cosas humanas desviadas de Dios, y la necesidad de suministrar a la razón los alimentos sustanciosos y los apoyos sólidos que para evitar tropiezos y caídas nos brindan las doctrinas que florecen en los jardines regados por la filosofía tomista.

La fidelidad que acabamos de ofrecer a «este santuario del progreso intelectual,» confidente de los desvelos de tantas generaciones que han colaborado por el progreso del patrio suelo, encierra el secreto del por-

venir que hoy nos preparamos: ser hijos fieles a este segundo hogar impone el deber de sacudir de nosotros aquella inercia del espíritu, reinante en las generaciones del día, más perjudicial que la del cuerpo y la cual nos privaría a nosotros de la facultad más excelsa, a la familia, de un apoyo soñado, y a la sociedad de las luces que ha menester en su conquista de civilización y de cultura. Ser genuinos rosaristas equivale a tener, en nuestra esfera, el valor moral, la magnanimidad con que brillan en el cielo de la patria aquellos luminares de primera magnitud que se llaman Mutis, Caldas, Torres; será finalmente despreciar la creencia errónea de que la inteligencia es incompatible con la consagración al estudio (1), creencia que desmienten el genio con sus intuiciones, y la erudición profunda y sólida con sus obras, hijas aquellas y éstas de la labor diaria.

Fue la constancia la que dio a los griegos el reinado de las artes y a los romanos ese monumento de sabiduría y justicia, que informa e inspira las legislaciones modernas; con ella Colón arrancó un mundo al piélago ignoto; bajo su egida Bolívar obtuvo la libertad que le aprisionaban la incomprensión de un pueblo, las vicisitudes de la naturaleza y el poder de un acero por siglos victorioso. Será con esa misma fe como nosotros, encerrándonos en el asilo ameno de las letras, cual hidalgos conquistadores resistiremos al «soplo helado del desaliento, cerraremos el camino de la derrota que equivale a abrir el de la victoria» y como lo dice el Angel de las escuelas, llegaremos a ser lo que queramos (2).

Este glorioso escudo, descendiente de reyes y de

(1) M. F. Suárez. Escritos.

(2) M. A. Caro.

santos, guarda de las virtudes de nuestros héroes y mártires; pregonero del saber de nuestras glorias nacionales; testigo de la voluntad esforzada que dentro de este estadio prepara sus armas, para los hoy guarnecidos con él, será el acicate que tocándonos muy en lo íntimo nos estimulará a continuar en la senda del trabajo, que, al decir de un profundo y sabio pensador «es la de la dicha y la de la gloria»; la magnitud de la distinción tanto más obligará nuestra gratitud cuanto más notoria es la indignidad. Nuestros compañeros todos, en este acto «jurarán dentro de sus corazones arrebatarse la palma que puesta en ajenas manos» los incita al combate y su tesón tendrá la recompensa de la justicia. Vos, ilustrísimo señor, acreedor a la veneración a que os ha elevado una vida de virtud consagrada a la regeneración de las almas, a formar la juventud, a restaurar y levantar la fama de este seminario de ciencia y patriotismo y a la difusión de las enseñanzas tomistas, sentiréis la complacencia del apóstol y maestro si vuestros operarios siguen las huellas trazadas por los grandes, y si son diligentes y dignos a los honores discernidos; la patria aumentará su deuda a esta *alma parens* que no sólo le ofreció cuna sino que ha seguido brotando hijos que corren en pos de la grandeza que aprendieron a buscar guiados por Dios, por el deber y por el amor a la verdad y al bien.

El señor Rector contestó:

«El viajero ilustrado que visite en lo sucesivo la capital de las Españas se detendrá en el vestíbulo de la biblioteca real, a contemplar una gran placa de bronce incrustada en uno de los muros. En la parte superior, se halla en relieve el cadáver de un hom-

bre, joven todavía, atravesado por las balas; y a su lado una reina que se inclina con afectuosa piedad en ademán de besar el cuerpo inanimado. Al pie, se encuentra la siguiente inscripción: *Perpetuo desagravio de la madre España al inmortal sabio neogranadino Francisco José de Caldas.*

En el acto oficial en que el bizarro monarca don Alfonso XIII ordenó la fijación de la placa, se alega la circunstancia de haberse erigido en Bogotá un busto a don José Celestino Mutis, y la de que el colegio del Rosario que llevó la palabra en aquella fiesta reconoció que Colombia debía la iniciación de los estudios filosóficos y jurídicos a fray Cristóbal de Torres y la de las ciencias naturales a Mutis.

Ved cómo en aquel homenaje sin precedentes, tributado por España a Colombia no figuran sino miembros de nuestro Colegio: Torres, Mutis, Caldas. Y vosotros vais a ser sucesores de aquellos varones egregios. Medid la alteza del honor que se os confiere y lo ponderoso de los deberes que ese honor os impone.

Bien sé que ninguno de los que hoy llevamos al pecho nuestro glorioso escudo puede competir con aquellos predecesores nuestros ni en el ingenio, ni en la ciencia, ni en la virtud, ni en los servicios prestados a la patria. Pero, a lo menos, mostráos, durante vuestra vida, caballeros sin tacha, católicos no sólo en la teoría sino en la práctica; patriotas que sacrifiquen todo interés y aun la vida misma por el honor de la República, y finalmente, discípulos fieles de la filosofía tomista.»

